



Razones para la esperanza

Reasons to Hope

Georgina ZUBIRÍA MAQUEO*

Resumen

El Vaticano II fue una experiencia vivencial de militantes cristianos que se comprometieron durante su realización y posterior implantación. Como en la liturgia, se recorrió un camino nuevo y vivo pasando de una Iglesia “de espaldas” al pueblo a una Iglesia “vuelta” para el pueblo. Novedad generosa y valiente enriquecida por la esperanza que, con fracasos, dudas, luchas se insertó en los grupos marginados. Desde allí siguieron buscándose nuevos caminos y surgieron nuevas esperanzas. Actitudes que crearon la fuerza de una comunión inspirada en el amor y el sacrificio de Jesús en busca de una humanidad mejor. Novedades y cambios que provocaron conflictos eclesiológicos y mostraron la vida y dinamismo de nacientes comunidades que apostaron por la renovación del Espíritu. Los conflictos fueron anuncio contra el silencio que se quería imponer y confesión de fe de los que creyeron en el Dios de la vida. En nuestras limitadas y condicionadas voluntades, la Ruah divina que fecundó el Concilio, sigue soplando para mejorar la historia. Queriéndolo o no, las estructuras eclesiales se mueven aunque sean como una brisa suave.

Artigo publicado no Mutirão (*Minga*) Temático de Revistas Latino-americanas, organizado pela parceria Koinonia/ASETT (Associação Ecumênica de Teólogos/as do Terceiro Mundo ASETT/EATWOT).

* Religiosa da congregação das Religiosas do Sagrado Coração de Jesus. Teóloga ligada ao Centro de Estudos Teológicos de la Conferencia de Religiosas y Religiosos de México. E-mail: sagrado@sagradocorazonmexico.edu.mx

Introducción: un poco de contexto personal

Hace poco más de 50 años acostumbraba asistir a misa los domingos con mi familia; aún recuerdo que solía a sentarme junto a mi papá, me acomodaba en torno a su brazo y me dormía. Un buen día, a mis nueve años, encontré que habían movido todos los muebles del templo, que el sacerdote nos hablaba de frente y que comprendía el idioma de las palabras que se decían, aunque no siempre su sentido. Las religiosas del colegio dejaron su tradicional hábito negro, se acercaron al personal y al alumnado de manera natural, se interesaron por las cosas que sucedían en el mundo y, algunas de ellas, dejaron el claustro para vivir en un departamento y hacer comunidad religiosa como estudiantes universitarias. ¡Son frutos del Concilio!, nos decían.

Con el paso del tiempo, impulsada por la amistad con Jesús del Evangelio, respondí al deseo de hacer algo por otras personas y elegí ser parte de una congregación religiosa. Hice el noviciado en una comunidad inserta en medio del pueblo pobre y creyente. Junto con las hermanas de mi comunidad me aproximé a la teología de la liberación y viví muy de cerca el florecimiento de las comunidades eclesiales de base. Ahí se gestó mi conciencia eclesial, ahí comprendí la procesualidad de la fe y desde ahí comencé a peregrinar como Pueblo de Dios.

Un día, al meditar en la cruz de Jesús, fueron pasando rostros concretos, nombres de personas amigas, historias de lucha cotidiana en mi barrio; algo sucedió en mi interior que cambió mi vida toda. Desde entonces la opción por las mayorías crucificadas es parte de mí, es como la sangre que circula y moviliza mi corazón desde un cuerpo que ha acumulado experiencias y las ha reflexionado, que ha buscado con inquietud y ha preguntado con insistencia. Años más tarde, una serie de circunstancias y de relaciones nuevas me fueron llevando a preguntar por Dios desde las realidades que vivimos las mujeres dentro y fuera de la iglesia. De manera autodidacta me acerqué a los estudios de género y, más sistemáticamente, a la teología feminista. En la vida cotidiana sigo buscando a Dios que se revela como iglesia igualitaria y plural, como comunidad dialogal e incluyente, como asamblea democrática y solidaria.

En este marco personal, al acercarse los cincuenta años del Concilio, me han invitado a hacer un balance y a expresar públicamente mi opinión. Lo cierto es que he

tenido que superar la tentación de detenerme a narrar una serie de conflictos, frustraciones y expulsiones por las que hemos tenido que atravesar como mujeres, como cristianas de a pie, como religiosas, como teólogas, como ekklesia. Me parece que ya hemos escuchado bastante...

Convencida de que el profundo cambio de época y las crisis globales que atravesamos nos están posicionando como iglesia -y como humanidad- en el umbral entre la vida y la muerte, en una zona liminal desde donde tenemos que optar entre la apertura radical a la transformación o la resignación ante la muerte institucional, he elegido mirar el presente habitado por el futuro, dispuesta a dar razón de mi esperanza. Todo en la humilde certeza de que la Ruah, a su tiempo, hace nuevas todas las cosas.

Al intentar recoger las razones que alimentan mi esperanza he recordado el texto de la primera carta de Pedro: “Aunque sufran a causa de la justicia, dichosas/os ustedes. No les tengan ningún miedo ni se turben. Al contrario, den culto al Señor, el Cristo, en sus corazones, siempre dispuestas/os a dar respuesta a quienes les pidan razón de su esperanza.” (1Pe 3,14-15).

Con estas afirmaciones resonando en mi interior, evoqué a Antonietta Potente, hermana dominica de santo Tomás de Aquino, quien al compartir sus reflexiones nos decía que la esperanza se alimenta con esfuerzo. Creo que es verdad, así lo experimenté entrañablemente al acompañar a mi hermano en su lucha de tres años en contra de una leucemia que le venció; así lo experimentan muchas mujeres cuando van a dar a luz; así lo experimentó Jesús, según nos cuenta Juan (Jn 16,21). Son las pequeñas luces que dan sentido al dolor, son los pequeños deseos que mantienen la vida en alerta, son las pequeñas pascuas cotidianas que nos acercan a la Pascua Total.

1 Esfuerzos que se trenzan como esperanza

La esperanza, trenzada de esfuerzos y arraigada en la experiencia de la Ruah divina que se derrama como amor en nuestros corazones, encuentra en mí algunas razones. Razones que no son teorías sino signos, signos que percibo y reconozco desde mi contexto, contexto que miro desde mi subjetividad, subjetividad habitada por amores, opciones,

compromisos y sueños, sueños que intentan acercarse a los que creo que Dios ha tenido para la humanidad y para la creación entera.

a) Recorrer un camino nuevo y vivo

Lo primero que viene a mi consciente es un amplio y agradecido reconocimiento para todas y todos los hermanos que experimentaron el Concilio Vaticano II como un acontecimiento mayor, ¡mucho mayor!, que un cuerpo doctrinal. Se abrieron a los vientos del Espíritu sin saber a dónde les conduciría. Imagino que vivieron dolorosas y esperanzadas rupturas deconstructivas de los aprendizajes que habían heredado. Su contacto con la realidad y con las personas afectadas por esa realidad, tocó su corazón y cuestionó su fe. Ellas, ellos, al atravesar esta honda experiencia del Espíritu, abrieron “un camino nuevo y vivo” (Hb 10,20) para la Iglesia.

No alcanzan los dedos de mis manos para nombrar a quienes participan ya en la comunión de las santas y los santos y, desde ahí, alientan y bendicen la comunión y el compañerismo igualitario de la iglesia histórica, santa y pecadora. Que les llegue nuestra sincera gratitud.

b) Junto con las/os marginadas/os

El acontecimiento conciliar no fue de un instante, no fue de un lugar. Fue –y continúa siendo- como una bella y rítmica expansión de fuegos artificiales. Diversa en colorido, en densidad, en frecuencia, en intensidad y pasión. Diversa como nuestras razas y colores, como nuestras sexualidades e intereses, como nuestras culturas y contextos.

En América Latina y El Caribe, desde el Colegio Episcopal reunido en Medellín, se consagró la experiencia como palabra primera de Dios. No cualquier experiencia, sino aquella que se sitúa con las/os marginadas/os del sistema, con las/os empobrecidas/os por el capital, con las/os explotadas/os por la avaricia, una experiencia de compromiso existencial por transformar las realidades.

Desde la vida comprometida con la vida de muchos rincones de nuestro Continente, los/as teólogos/as comprendieron que la teología sólo puede ser palabra segunda y se atrevieron a ofrecer nuevos contenidos a conceptos hasta entonces densos de abstracciones

ideales. Desde su aporte, la teología nos interpela desde la vida y nos moviliza en favor de la liberación.

Los fuegos artificiales se han propagado en personas y grupos, sacerdotes, laicas/os, religiosas/os, obispos, mujeres y hombres, niñas, niños, jóvenes... La iglesia no sólo se abrió sino que sectores importantes se desplazaron y se desprendieron de sus privilegios. Tendieron vínculos, fortalecieron relaciones, multiplicaron las comunidades eclesiales de base y las comunidades de comunidades con sus consejos pastorales.

c) Seguimos buscando, seguimos esperando

El Concilio Vaticano II, sabemos, no siempre fue bien recibido. Grupos poderosos de nuestras sociedades captaron muy bien su radicalidad, dieron la vuelta al Espíritu y se protegieron con miedos irracionales que hasta ahora siguen generando muertes, exclusiones, pobreza...

A causa de la fidelidad al Espíritu, el acontecimiento conciliar ha fecundado a la iglesia con la sangre de sus mártires. ¡No podemos traicionarles! Ellos y ellas comprendieron que vivir el evangelio implica mirar a Jesús, aprender la manera como se relacionó con la realidad de su tiempo y discernir cómo hay que relacionarnos con ella ahora, muchos siglos después, en geografías diferentes, en realidades socioeconómicas y culturales en las que la exclusión, la opresión, la violencia y la injusticia, adquieren manifestaciones propias.

Confesamos que nuestro humus está fecundado con la sangre de profetas y mártires. Por eso seguimos buscando, por eso seguimos esperando. ‘Dum spiro, spero’ (mientras respire, espero).

d) En comunión hacia una mejor humanidad

El dolor que produce tanto sufrimiento, al igual que sucedió con el grupo que permaneció al pie de la cruz de Jesús, genera comunión (Jn 19,25). Es incalculable el número de grupos organizados que trabajan en favor del cuidado de la creación y en contra de la pobreza, la violencia y la injusticia. Los motivos son ricos y diversos, creyentes o, sencillamente, humanitarios. Este dinamismo no parará porque el cambio de época que cruzamos apunta hacia la autoría de una mejor humanidad.

La búsqueda de la justicia, el deseo de amar con ternura, el afán por reverenciar a nuestro planeta y la necesidad de relaciones no violentas generan, y seguirán generando, comunión. En esta comunión, con clara orientación, encontramos a jóvenes que quieren un mundo distinto, que trabajan por otras realidades posibles, que tejen nuevas relaciones y que, a veces sin nombrarlo, buscan a Dios con rostro cordial, con abrazos igualitarios, con sentimientos de compañerismo y compasión. Dios de todas y todos que anhela la salvación en la historia.

e) A tientas buscamos a Dios

Dios se ha liberado del derecho de propiedad y del registro de autor de los que otros se habían apropiado. Así ha rebasado las fronteras políticas y eclesiales, así ha desbordado los conceptos en los que se le encerraba, así ha enriquecido las representaciones con que le imaginamos.

El fortalecimiento de la conciencia individual y comunitaria como sagrario, la histórica identificación de Jesús con las/os empobrecidas/os y con las/os más vulnerables y los signos de los tiempos en los que la Ruah revela a Dios, nos permiten creer que es irreversible la liberación de Dios a pesar y más allá de la pretensión de algunos grupos que creen tenerle bajo su control.

Mujeres y hombres del mundo entero se han atrevido a responder a ese llamado que aparece con tanta frecuencia en la Biblia: 'Busca a Dios'. Ellas y ellos se han abierto a las preguntas que nacen de su corazón inquieto y de las entrañas heridas de nuestra historia. ¿Quién es? ¿Dónde está? ¿Cómo se revela? ¿Para qué? ¿Cuál y cómo es su relación con la humanidad?... Ya no se conforman con las respuestas que se dieron los autores del Génesis, ni los primeros padres de la iglesia, ni los teólogos escolásticos, ni un grupo privilegiado de hombres blancos de la jerarquía. Como Pueblo de Dios, muchas personas dispersas por el planeta ejercen su derecho y asumen su responsabilidad teológica y teologal para discernir e interpretar las nuevas revelaciones de Dios en nuestra historia y vivir en coherencia.

f) Acogemos el conflicto como oportunidad

Es así como han surgido nuevas teologías. Quienes creen que la teología de la liberación fue una moda pasajera, me temo que no están en lo cierto. Creo que por el contrario, ha sido un parte-aguas con su método teológico y la cuna en la que se han desarrollado una diversidad de teologías: negra, feminista, india, mujerista... Las teologías contextuales, tan apreciadas en los diferentes espacios geográficos, sociales y culturales de nuestro mundo, reconocen a la teología de la liberación como nutriente seno materno.

Al arriesgar su palabra, teólogas y teólogos crítico-liberadores han padecido intimidaciones y condenas y han sabido hacer del conflicto una oportunidad para la difusión de su palabra. Las relaciones con ciertos grupos de la jerarquía eclesial han sido escuela de resiliencia. Las dificultades y las persecuciones han sido oportunidad para potenciar posibilidades latentes y salir fortalecidos/as. El silencio que se ha impuesto a muchos de nuestros hermanos y hermanas por decir su palabra ha sido paradójicamente fecundo. Su propuesta teológica se ha enriquecido y divulgado, su experiencia de Dios se ha ahondado desde la experiencia de dolor ante la dureza de la realidad eclesial. El juicio, la condena y el silencio, con tan escasas y condicionadas posibilidades de diálogo, les ha acercado a la experiencia que pudo haber vivido Jesús y, como a él, les ha permitido balbucir inefablemente al Misterio.

g) Confesamos a Dios con nombres habitados de humanidad

Dios mayor que no conoce fronteras, Sabiduría santa que alienta e ilumina la búsqueda, Semilla del Verbo regada en todos los campos, Sofía de Dios que muestra caminos e ilumina verdades, Ruah divina que vincula y ensancha la mesa, Misterio desbordante que atrae y convoca, Misericordia y Justicia que se besan, Paz y Verdad que nos preceden, Ternura y Firmeza que acompañan, Comunión en la Diversidad... son nombres de Dios que nacen de experiencias de humanidad, que expresan anhelos profundos y convergentes de las/os diferentes, que orientan hacia el futuro y que son fundamento y horizonte para el ecumenismo y la equidad, el sacerdocio común y el profetismo audaz, la inclusión y la democracia, el diálogo y la complacencia, el compañerismo y la igualdad, la justicia y dignidad, el cuidado reverente y místico de todo lo creado.

¡Una nueva espiritualidad está creciendo! Nuevos cantos, nuevos lenguajes, nuevos ritos y sacramentos. Espiritualidad encarnada que nos hermana en el seno de Dios mayor a cualquier frontera. La Palabra de Dios narrada hace tantos siglos se ha divulgado en muchas lenguas y lenguajes. Ahora la estudiamos crítica y creativamente a la luz de la experiencia y el compromiso por la transformación. Creemos que Dios se sigue revelando en una diversidad de gestos y de signos. Confesamos que sigue entre nosotras/os hasta el fin del mundo (Mt 28,20). Sigamos narrando su historia entre nosotras/os.

2 “Trae tu mano y métela en mi costado”

Más allá de nuestras limitadas y condicionadas voluntades, la Ruah divina que fecundó el Concilio con su espíritu creador, sigue soplando para empujar la historia hacia lo mejor. Queriéndolo o no, las estructuras eclesiales –kiriarcas: masculinas, jerárquicas y sexistas- se están moviendo. Tal vez apenas con una brisa suave que, cuando menos yo, quisiera un poco más huracanada. Tal vez su institucionalidad se fractura en medio de sufrimientos generados por la corrupción y el descrédito de algunos de sus ministros y representantes.

Reconozco que en ocasiones he probado la tentación del escepticismo al percibir cómo se prolonga el invierno y escucho, como Tomás, ‘trae tu mano y métela en mi costado y no seas incrédulo sino creyente’ (Jn 20,27).

A veces olvido el camino recorrido por Jesús y su doloroso e incomprensible paso por la cruz, la muerte y el escandaloso fracaso. A veces olvido que este paso es una realidad indispensable para que surja la vida nueva. Creo sin ingenuidad que, aunque todavía insuficientes, contamos con profundas y verdaderas condiciones de posibilidad para que al reventar la semilla la nueva vida eclesial florezca. ¿Quiénes habrán de convocarnos? ¿Cómo nos organizaremos? ¿Cómo elegiremos a quienes queremos que sean vínculos de comunión?

Sigamos fortaleciendo práxicamente nuestra conciencia como ekklesia que se vincula y que articula sus proyectos, que se organiza y se realiza como asamblea santa y pueblo sacerdotal. Sigamos tejiendo redes y diseñando el futuro reconociendo la autoridad de la iglesia sencilla y anunciando la buena noticia aprovechando los medios

globales. Sigamos soñando realidades eclesiales nuevas; no dejemos de peregrinar como Pueblo de Dios que busca, que ama, que arriesga y que espera porque actúa y porque confía en la artística creatividad de la Ruah.